

PRÓXIMO NÚMERO:

La preciosa novela

## LA MODISTA DE PARIS

Creación de LEATRICE JOY, ERNEST  
TORRENCE, etc.

### NOVELA DE EMOCIÓN

Postal - fotografía regalo: Joseph Schildkraut

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles Precio 25 cts.

¡Siempre las mejores películas!

### UN ÉXITO ENORME

ha obtenido el libro 66 de la Biblioteca

Los Grandes Films de La Novela Semanal Cinematográfica

## LA QUE NO SABIA AMAR

por CONSTANCE TALMADGE Y ANTONIO MORENO

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

### ¡PRONTO! ¡MUY PRONTO!

en las EDICIONES ESPECIALES de

La Novela Semanal Cinematográfica

## MARE NOSTRUM

según la obra maestra de V. Blasco Ibáñez

Dirección de Rex Ingram. Interpretación de

ALICE TERRY y ANTONIO MORENO

¡SIN COMENTARIOS!

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 263

25 cts.



MUJERES  
QUE MIENTEN

FOR  
Clara Kimball Young  
Madge Kennedy  
Richard Bennett  
Filmoteca  
de Catalunya



SIMPSON, Ivan

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12  
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 263

\* *Lying Wives, 1925*  
**MUJERES QUE MIENTEN**

Dramática presentación de varias vidas atormentadas.

Intérpretes principales:

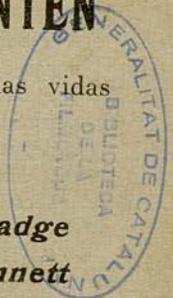
*Clara Kimball Young, Madge  
Kennedy y Richard Bennett*

Exclusivas "DIANA"

Rosellón, 210. - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
RÉGINE DUMIEN

\* *Dictado en Cinéma Universel, de Jeanne K. Young y Ch. Ford*





## MUJERES QUE MIENTEN

### Argumento de la película

Teodoro Stanhope, que arrancó una fortuna a las minas de diamantes sudafricanas, se hallaba abrumado por un hondo pesar. El recuerdo de su pasado le atormentaba, impidiéndole gozar libremente de sus millones. Su existencia estaba rota por la crueldad del destino.

Cierta tarde, Teodoro recibía la visita del encargado de una agencia de informes privados.

—¿Ha averiguado usted algo? — preguntó con vivo interés.

—Todo. Lea usted la nota que me entregan mis detectives.

Stanhope pasó con ansiedad la vista por el papel, y leyó:

**“Informe: Hallada Margarita Burkley en 37 Wall Street, Nueva York. Desempeña la secretaría particular de Víctor Graham, agente de Bolsa”.**

—El nombre responde — dijo — pero... ¿se ha asegurado usted de que esa muchacha nació en el distrito de Tulsa?...

—Nos consta, hemos visto documentos. Es la misma, no le dé usted vueltas... Y también hemos averiguado que el Jaime Graves de quien usted deseaba

noticias, salió hace tres años de la cárcel de Arizona.

—Le agradezco en el alma sus informes...

Cuando salió el agente, Teodoro quedó sumido en hondas meditaciones. Abrió una caja, extrayendo de ella un recorte de periódico que se sabía de memoria, pero que ahora volvería a leer, impulsado por la actualidad. Decía así:

**“Guillermo Burkley, procesado por homicidio, desaparece.**

“La Policía local ha oficiado a todas las autoridades del país para que capturen, de presentarse en sus territorios, a Guillermo Burkley, presunto autor de la muerte de Martín Boyd. Burkley ha desaparecido de su hogar, abandonando a su esposa y a una niña de pocos años”.

Sus labios se contrajeron con amargura. ¡Aquél era su terrible secreto, el gran misterio de su vida! El era, realmente, Guillermo Burkley. Acusado muchos años antes de la muerte de Boyd; tuvo que huir, abandonando a los suyos para librarse de los grilletes del presidio. Tenía sus sospechas de que el autor era un tal Jaime Graves, pero sin poder comprobar esta afirmación, se veía obligado a desaparecer, en busca de una libertad que en su país iban a negarle.

Recordaba su vida durante aquellos veinte años de peregrinación. Alejado de su patria, había tomado el nombre de Teodoro Stanhope, trabajando como un esclavo en las tierras inhospitalarias de África. Poco a poco, fué librándose de su esclavitud de obrero, laborando por su cuenta, y pudiendo gracias a su constancia y a los caprichos de la suerte, amasar una fortuna con los diamantes arrancados de la profundidad de las minas.

Cansado de esta vida de privaciones, enriquecido ya, había regresado a su país, dispuesto a vivir los

últimos años de su existencia con el bienestar que proporciona la abundancia. Pero en su alma vibraba eternamente el recuerdo de los suyos que tuvo que abandonar para salvarse, y poco a poco fué averiguando el paradero de su familia.

Su mujer había muerto, y ahora, acababan de darle la noticia de que su hija trabajaba en el propio Nueva York. ¡Ay, no poder presentarte a ella!... Iba a consagrarse a esclarecer el asesinato de Martín Boyd, pero, entretanto ¿cómo vivir sin ver, aunque fuera por una sola vez, a la hija, abandonada y dulce?

Su presentación era imposible. El nombre de Guillermo Burkley, procesado en rebeldía, atraería la atención de las autoridades judiciales, y tal vez le condenaran por homicidio. Buscaría otro medio para llegar a su hija. Quería verla, admirar a la mujer que tenía su propia sangre.

Margarita Burkley llevaba ya algunos años empleada en casa de Víctor Graham. Su natural dulzura, su clara inteligencia, su devoción al deber, habían conquistado algo más que la confianza de su jefe.

Un sentimiento de fuerza más invasora y de más hondas raíces que la admiración a la competencia burocrática de Margarita, comenzaba a latir en el corazón de Víctor.

Una tarde, Víctor la acarició la mano y le dijo con voz entrecortada y vacilante:

—Usted, Margarita, habrá podido observar que... que yo...

Ella le miraba sonriente, complacida de aquella declaración que colmaría los anhelos de su vida. Porque Margarita estaba también enamorada de su jefe.

La dulce escena se vió cortada al abrirse la puerta

del despacho. Apareció la figura de una mujer, arrogante y de ojos negros y dominadores.

Víctor se levantó con turbación. La recién venida mirándole, irónica, le dijo:

—Serérese, amigo Víctor... y tome otra mano en sustitución de la que le ha hecho soltar mi inesperada presencia.

Y le brindó la suya, estrechando vigorosamente la de su amigo...

Margarita, un poco sorprendida, se retiró... Víctor aparecía aturdido, sin pronunciar palabra.

Aquella mujer era Patricia Chase, que se había casado con un viejo ricachón cuya fortuna le permitía a ella jugar con muchas cosas en la vida, incluso con algo tan serio como el crédito mercantil de Graham. Víctor era su agente de Bolsa.

Antes de casarse, Patricia y Víctor habían sido algo más que simples amigos. Pero la boda de ella deshizo aquel capricho ligero, haciendo que sus vidas se deslizaran por distinto rumbo.

Patricia miraba a su amigo con curiosidad.

—¡Vamos! — le dijo—. ¡Es paradógica una acogida tan fría en mi más ardiente admirador!...

Graham pareció volver a la realidad.

—Antes sí, Patricia; pero ahora es usted casada... y el ardor tiene que degenerar en tibieza ante la señora Chase.

Ella le miró con brillantes ojos que parecían acariciar.

—Ayer regresamos de nuestro viaje de novios. No obstante, con una palabra que diga usted, pido el divorcio mañana mismo.

Sentía por Víctor el gran amor de su existencia. Se había casado para ser rica, pero su corazón seguía perteneciendo al joven.

—¡Siempre el mismo carácter impulsivo! — res-

pondió el agente—. Si usted reflexionara a tiempo, no tendría después que arrepentirse de sus actos.

—¡Ah, vamos; porque me casé con Chase! ¡Qué remedio! ¡Necesitaba dinero! Pero, repito, Víctor: una palabra suya, y seré para usted la de antes.

—No, Patricia... me guardaré mucho de llevar la discordia a un hogar conyugal.

—¡Bah! ¿por qué esos escrúpulos?

Mientras, en su despacho, Margarita recibía la visita de un caballero, entrado en años, un hombre que la miraba con ojos llenos de devoción.

—Soy Teodoro Stanhope... — explicaba—. Yo prometí a su difunto padre, con quien me unía una amistad cordialísima, buscar a usted para cumplir ciertos deseos de su hora postrera...

Se amparaba de este engaño para poder estar junto a su hija. Procuraba interiormente aparecer sereno, pero la presencia de Margarita le llenaba de íntima turbación.

La empleada le atajó con gesto rápido y decidido:

—Poco me importan los deseos de mi padre. Nos abandonó cuando yo era una niña, y no quiero saber de él, ni vivo ni muerto.

El pobre hombre sintió abierta la llaga de su dolor. ¡Y la que hablaba así era su hija! Pero era necesario seguir la farsa comenzada.

—¿No dijo a usted nunca, su querida madre, por qué su padre la abandonó?

—¡Nunca!... nos dejó en la miseria... tuvimos que ganarnos la vida entre privaciones sin cuento. ¡Ya ve usted si podemos estarle reconocidas!...

—Sin embargo, yo sólo puedo decir a usted, porque conocía los sentimientos del buen Burkley, que jamás olvidó a su esposa ni a su hija, que las amaba con toda ternura.

—¿Por qué no lo demostró?

—¡La vida tiene tan hondos dolores!... ¡Su padre sufrió tanto!...

Margarita, que no era insensible a la voz de la sangre, se sintió finalmente conmovida. Y escuchó, menos enojada ya, cosas del padre desaparecido, que el visitante se complacía en explicar.

En el otro despacho, Patricia ponía fin a la entrevista con Víctor.

—Veo que es usted un hombre ocupadísimo. Los negocios le absorben de tal manera, que a nadie puede usted atender... como no sea a su linda secretaria.

Víctor se amoscó.

—A propósito — le dijo—. Pienso casarme muy en breve con la señorita Burkley. Se lo digo porque sé que ha de alegrarse de mi felicidad.

—¡Encantada!... Es lo que yo esperaba de usted...

Y salió del despacho, ocultando su desengaño, bajo la máscara fría de su sonrisa. Pasó ante Margarita que estaba hablando con Teodoro, y la contempló con desdén, vencida por una humilde empleada.

Víctor se acercó al hombre que hablaba tan íntimamente con Margarita. Esta se apresuró a decir:

—Permítame presentarle al señor Stanhope, un antiguo amigo de mi padre.

Los dos hombres se estrecharon las manos. Stanhope, deseando repetir las visitas que le permitirían pasar ratos junto a su hija, propuso:

—Yo he sido un gran traficante en el mercado de valores. ¿Hay algún inconveniente en que abra cuenta con usted?

—¡Al contrario! Muy honrado con ello...

Y Stanhope, después de entregar algunos valores a Víctor y estrechar la mano, con honda emoción, de Margarita, abandonó el despacho. ¡Había visto a

su hija y la volvería a hablar! Estaba alegre con una alegría contagiosa que hubiera querido pegar a los demás... ¡Su hija, su Margarita! Y sin embargo, nunca podría decirle la palabra santa: "Soy tu padre"...

\*  
\*\*

Alfredo Chase, el marido de Patricia, era hombre rico hasta la opulencia, y bueno hasta la abnegación, y lo bastante candoroso para creer que las canas encienden llamaradas pasionales.

Se había casado por segunda vez. Elisa Chase, la hija del primer matrimonio, había salido del internado para conocer a la nueva esposa de su progenitor. Era una muchacha bonita, alegre, con esa deliciosa felicidad que tienen las colegialas que abandonan el convento. Contemplando un gran cuadro al óleo que su padre había hecho pintar, decía, acariciando al viejo:

—Lindísimo es mi retrato, papáito; pero mi madrastra será más bella... Quiero verla, para saber si tus cartas me han engañado.

Patricia no se hizo esperar. Llegaba rabiosa por el fracaso de su entrevista con Víctor, pero abrazó a Elisa, disimulando perfectamente su contrariedad.

—Es un encanto de chiquilla — dijo a su marido—. Y oye, se me ocurre una idea, Alfredo, que sin duda merecerá tu aprobación.

—Suéltala en el acto.

—¿Por qué no invitas a venir esta noche a mi agente Víctor Graham? Sería un novio ideal para Elisa.

Con este proyecto audaz, pensaba ver de nuevo a Víctor, insistiendo en sus pretensiones de amor. Y ponía a Elisa como pantalla de sus anhelos.

—Cuando tú lo dices... Ya sabes con qué placer sigo tus inspiraciones.

Chase mandó una cartita a Víctor. Y el muchacho no tuvo otro remedio que aceptar la invitación.

Aquella noche, la espera del invitado brindó a Elisa un precioso momento confidencial. Patricia acababa de arreglarse en su tocador.

—Contéstame la verdad, papáito, sólo la verdad... ¿Eres feliz?

Algo, como una nube, oscureció la mente de Alfredo. ¿Feliz? ¡Era tan difícil afirmarlo!... Pero, queriendo dar a su hija un motivo de satisfacción, contestó:

—¡Lo soy!... He encontrado una mujer adorable...

Víctor llegó unos minutos después. No podía negarse, sin parecer grosero, a la amable cita. Pero se mantuvo, ante la señora Chase, con una frialdad extremada.

Elisa le contempló con adoración ingenua.

—Es un muchacho encantador, ¿verdad, Patricia? Apostaría a que se dedica a rendir corazones...

Víctor, para negar toda esperanza a Patricia, extremó sus atenciones con la muchacha. Realmente le importaba muy poco aquella colegiala de bucles dorados, palomita sin hiel. Pero, en cambio, le servía a las mil maravillas, para demostrar a la otra que todo había terminado.

El rostro de Patricia hacía ostensible su contrariedad por sus fracasados planes. Chase, satisfecho, la indicó que fuera con él a otro salón.

—Me ha hecho una excelente impresión ese muchacho... y a Elisa no hay que decir. Encantada está de su compañía — dijo a su mujer.

—Elisa es una ingenua que acaba de asomarse al mundo...

—Pero, ¿no te parece que harían buena pareja?

—No vas tú poco lejos, Alfredo — respondió, alterada.

Entretanto, Elisa y Víctor hablaban confiadamente. Ella aparecía radiante, Víctor soportaba aburrido la conversación, pensando en su Margarita... ¡Esta sí que era su verdadero amor!

Por fin, terminó la velada, y Patricia tuvo que llorar su fracaso. Ella no significaba nada para Víctor... ¡En cambio Elisa!...

En días sucesivos, Stanhope siguió visitando a su hija. La simpatía y el interés que demostraba por Margarita obligaban a ésta a mostrarse cordial con su nuevo amigo. Una tarde le regaló un collar encerrado en lujoso estuche.

—Quédese con él, querida. Es un recuerdo que su padre antes de morir me dió para usted.

La muchacha se negaba a aceptar aquel presente valioso, pero las súplicas del viejo la hicieron ceder.

Una de las mecanógrafas de la casa, que escuchó la conversación de Margarita y Stanhope, dijo a las otras empleadas:

—No me extrañaría oír en cualquier momento que Margarita Burkley nos dejaba para casarse con su rico visitante.

Estas palabras fueron oídas por Víctor, quien visiblemente contrariado entró en el despacho de su secretaria.

Stanhope, con amor paternal acariciaba a Margarita. Y este gesto fué como un dardo de celos en el corazón de Víctor.

Los dos hombres se miraron con cierta agresividad. Stanhope, después de saludar a Margarita con indecible ternura, abandonó el despacho.

—¡Caramba! — dijo Víctor, despechado—. Por lo visto, le une a usted una amistad muy estrecha con ese señor...

—¡Oh, no lo tome a mal! Es un viejo amigo de mi padre.

—¡Historias! Su padre abandonó a usted cuando debió ampararla, y le ha brotado el cariño de repente. Un cariño por apoderado... Sí que es curioso todo esto...

Marchó encolerizado. Margarita quedó también disgustada, lamentando que el joven tomara tan mal las cosas. Además, si era ella quien debía estar celosa... ¿No había recibido unos días antes Víctor la visita de una elegante dama?

Poco después, Elisa Chase entraba en la oficina. Preguntó alegremente por Víctor y bien se veía a las claras que no le llevaba allí ningún asunto de negocios. Margarita, llena de celos, anunció a la visitante.

Elisa tendió alegremente la mano a Víctor.

—Pasaba por aquí y pensé que a usted le sería grato invitarme a merendar.

—¡Ah!... yo... bien...

¡Demonio de chica! Le aburría; él sólo tenía corazón y ojos para su secretaria. ¡Y con el disgusto que llevaba encima, tener que atender a esa colegiala inocente! ¿Pero cómo librarse de ella?

Margarita les vió salir. El joven quiso disculparse con la mirada... Pero, ella, celosa, tomó una resolución... Se marcharía de aquel despacho... Se estaba burlando de su bondad, aparentando disgustos ridículos para después irse con otras. ¡Ah, no, ni un día más!

Víctor tuvo que soportar la compañía de aquella chiquilla alocada, deseosa de divertirse, con el afán de las muchachas encerradas durante largo tiempo. Fueron a un restorán.

—Pediré unas aceitunas para la dueña de sus pensamientos... — dijo Elisa, sonriente.

—Lo que usted quiera...

—Porque supongo que será en mí en quien es-

tará usted pensando... — agregó, soltando la carcajada.

—¿En quién iba a pensar, hija mía, sino en usted? — repuso él, pacientemente.

Bailaron, y cuando Víctor, unas horas después, pudo librarse de ella, se consideró feliz.

Mientras tanto, Patricia Chase leía unas antiguas cartas que le había enviado Víctor. ¡Y ahora, después de todo aquello, la rechazaba!... Las guardó al llegar su marido...

—¿Qué te ocurre? — le dijo él—. Te veo así, disgustada...

—No te preocupes, querido. Estoy contrariada por una mala inversión de fondos.

—Voy a extender un cheque por la cantidad que pidas... No vaciles nunca en pedir.

Y mientras el marido firmaba el talón, ella se dio cuenta de que una de las cartas había caído al suelo. La ocultó bajo la alfombra... Por suerte, Alfredo no vió la maniobra. ¡Era necesario que nunca supiera lo que había ocurrido entre ella y Víctor!

Stanhope deseaba cuanto antes declarar la verdad a su hija. Y comunicaba estos anhelos a su agente, hombre cauto que le aconsejaba prudencia.

—¿Qué puede importarme la opinión de los demás? Para mí no hay en el mundo más que esa muchacha. ¡Ella es toda la ilusión de mi vida!

—Pero usted no sabe el efecto que a ella podrá hacerle su declaración. ¿Por qué no tener un poco más de paciencia, ya que ha esperado usted tantos años?

—¡Esperar... esperar...! ¿cómo decírsele esto a mi corazón de padre?

Y así en estas luchas, iban deslizándose los días.

Los Chase dieron un baile de disfraces para festejar la salida de Elisa del pensionado.

Lucían los invitados hermosos trajes de máscara, bailando bajo los desarticulados acordes del "jazz-band".

Víctor se había visto obligado a asistir al baile. Y Patricia, que le había perseguido toda la noche, hablaba ahora en un saloncito con él, procurando hacer revivir el amor muerto.

El disfraz de Elisa correspondía a su ingenuidad. Vestía un traje de pastora con la candorosa sencillez de las zagalas de égloga.

La muchacha, ansiosa de estar junto a Víctor, vino a truncar inocentemente el idilio de su madrastra.

Separó a Víctor de Patricia, y se fué con él hablando con entusiasmo inocente, sin pizca de malicia, con la ingenuidad heredada del colegio. Víctor le gustaba y se lo dijo así, claramente, con candidez adorable...

—Como yo soy una pastora... Víctor... ¿Quisiera usted ser mi pastor para toda la vida?

El muchacho quedó aturdido. ¡Vaya bromitas que gastaba la niña!... Intentó sonreír...

—¡Yo! sí... pero...

—¡Acepta! ¡acepta! — dijo alborozada, la chiquilla—. Voy a decírsele a papá...

Y sin escuchar a Víctor, corrió con una alegría de enamorada a explicarlo todo a su padre.

Vió a Patricia y le contó lo que ella llamaba "declaración" de Víctor.

Furiosa, la madrastra palideció de celos.

—¡Qué necia credulidad! ¿No comprendes que Víctor es un cazador de dotes? Sólo ama a su secretaria, a quien ha dado palabra de matrimonio.

—¡No es verdad! — dijo, desolada, Elisa—. El me quiere de veras... ¡Y le amo!

—¡Es que yo prohíbo que te cases con él!...

Hablaba agresiva, defendiendo su olvidado amor, ante la rival que surgía en su propia casa.

—Y ¿por qué? — contestó airada, Elisa—. ¿Quién es usted para impedírmelo? En todo caso, quien ha de resolver es mi padre...

Enfurecida, Patricia gritó:



—¡Qué necia credulidad! ¿No comprendes que Víctor es un cazador de dotes?

—¿Con qué derecho preguntas? Vas a oírlo... Víctor Graham y yo... hemos sido algo más que amigos, ¿entiendes? Entre nosotros dos... en otro tiempo...

La pobre niña comprendió la infamia... Sintió en su corazón el dolor vivísimo de aquel engaño.

—Entonces... — murmuró—, ¿por qué le traje usado a esta casa?

—¿Y qué te importa saberlo, mocosa? Ea, basta de conversación. ¡Víctor no puede casarse contigo!

—Voy a contar a papá todo lo que usted acaba de decirme...

Esta vez la que tembló fué Patricia. ¡Había ido demasiado lejos!

—¡Ay si te atreves a repetir a tu padre una sola de mis palabras!

Pero Elisa comprendía que ya no se trataba únicamente de Víctor, sino de su padre.

—Ahora mismo... ahora mismo...

Viéndose perdida, la madrastra suplicó, llorosa:

—¡No es verdad, Elisa, no es verdad!... ¡Te juro que he mentado!...

—Déjeme...

—¡No irás!

Lucharon un momento. Estaban al borde de una escalera... Elisa pugnaba por deshacerse de los brazos de Patricia. Y en uno de sus violentos estirones Elisa, para librarse de los brazos que la agarraban, resbaló, saltando trágicamente por la escalera. Su cabeza rubia rebotaba contra los peldaños de mármol con golpes de muerte...

Algunos invitados corrieron a levantar a la niña. Víctor la llevó en sus brazos, depositándola en un sofá. Su padre, que vestido de Mefistófeles había pasado una gran noche, como si volviera a la juventud, abrazó a su hija.

—¡Elisa... Elisa!... ¿Qué tienes? ¡Oh, no responde!

Uno de los invitados que era médico movió tristemente la cabeza:

—Todo es inútil... ¡Está muerta!

El dolor paternal estalló en sollozos trágicos.

—¡Mi hija, mi hija de mi alma! ¡La he perdido para siempre!

¡Doloroso contraste el del padre enmascarado junto al cadáver de la hija de su amor!

Víctor miraba compasivamente a aquella pobre

criatura que se marchaba del mundo con la esperanza de conocer el amor. ¡Pobre carita rubia, condenada a la muerte!

Abriéndose paso entre los grupos, llegó Patricia...  
¿Qué ha ocurrido? ¡Muerta! ¡Oh, Dios!...

—Mi hija... mi pobre hija... — seguía gimiendo el padre.

Casi lloró junto a su hijastra. Pero ¿qué culpa tenía ella? ¡Había sido el destino, el destino trágico y burlesco!... ¡Fué Elisa la que cayó!

Poco a poco los salones quedaron desiertos. Apagáronse las músicas. Y sobre su camita la pobre muerta era la dolorosa realidad de aquella noche.

Unos días después de tan dramáticos sucesos, Víctor se reintegró a sus negocios. Había permanecido alejado de ellos, impresionado por lo ocurrido.

Margarita, viendo el ceño triste de su jefe, comprendió que todo había acabado para ella. Además vió llegar al despacho a Patricia, a la que odiaba como a una rival.

Víctor recibió fríaente a aquella mujer.

—Nos vamos a vivir a Francia. Ni mi marido ni yo podemos seguir en nuestra casa, llena del recuerdo de Elisa. ¡Qué horrible desgracia!

Lo sentía en el alma, lamentando aquel triste final...  
¡Si ella hubiera podido evitar aquello!

Patricia rogó a Víctor le guardase varios títulos de valores hasta su vuelta. Aquí quedaban más seguros. El agente extendió un recibo y lo entregó a la señora Chase. Su cortesía era simplemente comercial.

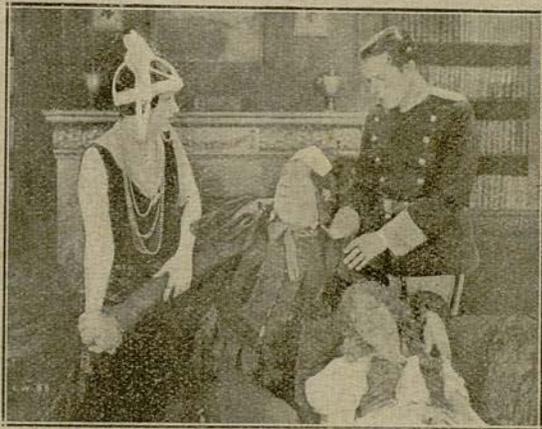
Stanhope estaba hablando de nuevo con Margarita. Esta aparecía preocupada y triste, y con la confianza que tenía en su amigo le explicó:

—La situación que se me ha creado en esta casa

es decorosamente insostenible. ¡Estoy resuelta a dejar mi empleo!

Patricia, al salir, miró irónica a la secretaria. ¡Esta antipática rival!

Stanhope dijo a Víctor, creyendo que éste se hallaba ya enterado de la determinación de su empleada:



—¡Mi hija... mi pobre hija!

—¡No sabe usted cómo lamento que la señorita Burkley se vaya de aquí!

Ella le hizo un gesto. ¿Por qué decía nada?

—¿Que Margarita se va de mi lado? ¡Oh, nada sabía!... Y yo no quiero que se vaya... no quiero... porque...

Comprendió Stanhope que tal vez Víctor tenía que decir algo muy importante a la joven.

—Bueno... hasta otro día... Adiós, señor Graham... Margarita...

Y cuando quedaron solos, Víctor habló a su secretaria:

—¿Qué locura es esa? ¡Marcharse... marcharse usted de aquí, cuando usted es toda mi vida! ¡No, no, Margarita... yo te amo... yo te juro que ninguna mujer ha hecho eclipsar tu cariño!

Y ella se reclinó en su pecho. Y creyó... ¡Es tan fácil creer cuando se ama de veras!

Y Víctor supo apresar la felicidad cuando ya iba a perderla.

\*  
\*\*

Pasaron cuatro años. Víctor segundo, el pequeño tirano que hoy mandaba en el hogar feliz de los Graham, celebraba su tercer aniversario con asistencia de sus amistades.

Fué una fiesta simpática en la que el niño lució todos los encantos de su despejado talento. Víctor y Margarita gozaban contemplando a su hijito.

Stanhope había continuado su amistad con los esposos Graham. Su título de antiguo amigo del señor Burkley le abría las puertas de aquel hogar. El nacimiento del niño hizo más fuerte esta simpatía. Stanhope se sentía abuelo, adoraba al hijo de su hija con una pasión intensa, capaz de todo por la felicidad de su nieto.

Y realmente, las horas de mayor encanto para el pequeño Graham eran las que pasaba con Stanhope, que le divertía, que se plegaba a sus caprichos, que le mimaba como a algo muy suyo.

Patricia Chase había ido a visitar aquel día a Víctor Graham. Sabía ocultar muy bien el despecho que le produjo la noticia de su boda.

—Regresamos ayer y no he podido resistir al deseo de felicitar a ustedes y al pequeño.

Quiso abrazar al niño, pero este esquivó aquellos brazos fríos y corrió al lado de Stanhope.

—No se irá con usted — dijo el viejo—. Es a mí a quien quiere mi niño.

Ella le miró con desprecio. Conocía a Stanhope por haberlo visto en la oficina hablando con Margarita. Ahora esta intimidad la llenó de malos pensamientos. Y dijo, aparte, a Víctor:

—No hay duda de que el señor Stanhope siente verdadera pasión por esa criaturita. Le cuida con celo de padre... Hasta le llama "su niño".

Víctor se sintió repentinamente herido por el mayor monstruo: los celos. Vió algo, además, que le causó malísima impresión. Stanhope ponía en las manos de Margarita unos billetes, y le decía:

—Sírvase aceptar estos títulos para el nene. Mil dólares para cada uno de los años que ha cumplido.

Ella se negaba, extrañándole ese desprendimiento generoso de Stanhope.

—¡Oh! — dijo, riendo, Patricia—. Acabo de fijarme en la gran semejanza física entre el niño y el señor Stanhope.

Víctor palideció. ¡El veneno iba destilando su jugo amargo en su corazón!

—¿No lo advierte usted también? — siguió ella, perversa—. ¡Si se parecen como dos gotas de agua!

Entonces, Víctor se acercó a Stanhope y con voz dura le dijo:

—¿Qué razón hay para que dé usted a mi hijo tres mil dólares?

—El cariño... — respondió Stanhope.

—¡Pues guárdese usted su dinero para otros!

Y con un gesto despectivo salió de allí, acompañado de Patricia.

Margarita intentó disculparle, pero el viejo respondió:

—La actitud de su marido me dice bien claro que yo no debo volver a esta casa. Será mejor para todos...

Marchó lleno de pesar. ¡No vería más a su hija y al pequeño! ¡Pero no quería ser un estorbo a la felicidad de los dos!

Entretanto, Patricia aconsejaba a Víctor:



—¿No lo advierte usted también? ¡Si se parecen como dos gotas de agua!

—No deje usted que Stanhope, a pretexto de amigo, destruya la dicha de su hogar. Cierre su cuenta y corte toda clase de relaciones con él.

—Es imposible, Patricia. He usado sin su conocimiento de los valores que me confió en custodia.

—¡Bah! ¿No es más que eso?

—Por el momento, utilice los míos para quedarse libre de él.

Quería Patricia atormentar a su amigo con terribles celos a fin de que, desesperado, abandonara a su mujer y recordara el... otro amor. Y marchó de la casa, convencida de que no había perdido el tiempo. Además, ¿es que no tenían una base sus afirmaciones? ¡El niño se parecía tanto al señor Stanhope!

Cuando quedaron solos, Víctor rogó a su mujer que en lo sucesivo no recibiera a Stanhope. Le creía incompatible con su felicidad. No creía una palabra de lo dicho por Patricia, pero le hería la presencia de aquel hombre.

—Si tal es tu creencia, no volveré a verle. Te lo prometo — respondió Margarita, resignada.

Al siguiente día, Stanhope recibía la visita de un empleado de Víctor que era portador de esta carta:

Muy señor mío:

Sírvase acusar recibo de sus valores, que adjunto le devuelvo, rogándole tenga desde este momento por terminadas nuestras relaciones mercantiles.

Le saluda atentamente,

Víctor Graham

El pobre viejo recibió sus valores, firmando un recibo. ¡La desgracia le impedía acercarse a su hija! ¡Y no la volvería a ver!

Víctor había hecho uso de los valores que Patricia le entregara antes de marchar a Europa. Sin darse cuenta, iba cayendo prisionero de los torpes propósitos de la intrigante.

Patricia había visitado de nuevo a Víctor. El favor que le había hecho, parecía concederle títulos para decidir sobre las cosas de su amigo.

—Si su mujer tiene amistades íntimas ¿por qué usted no puede tenerlas?

La insidia hirió violentamente a Víctor.

—No mezcle usted en estas cuestiones el nombre de mi mujer. ¿Qué se ha creído?

—¿Ah no quiere? ¡Perfectamente!

Y agregó:

—Estoy pensando que lo mejor será que me devuelva usted mis valores.

—¿No me autorizó usted para usarlos como medio de romper con Stanhope?...

—A pesar de todo los necesito. Quiero tenerlos a mi disposición a las tres en punto.

Fueron inútiles los ruegos de Víctor. Marchó decidida a cumplir su venganza. Sin embargo, el muchacho esperó tranquilamente los acontecimientos. ¡Aquella Patricia! ¡Probablemente, no le querría mal!

Patricia se paseaba, agitada por su casa.

—¿Qué te preocupa, querida? — le dijo su marido—. ¿Acaso una nueva pérdida? No te entristezcas por esas pequeñeces, mientras yo tenga una fortuna...

¡Pobre hombre! Desde la muerte de su hija, su existencia transcurría melancólica! Una barrera infranqueable parecía separarle de su mujer...

—¡Oh, no es nada! — respondió ella—. Te lo aseguro...

Pero, despechada, furiosa por el triunfo de su rival, se dispuso a vengarse de Víctor. Implacable hasta lo último, presentó una denuncia contra el joven, por estafa.

Aquella noche, Víctor se vió desagradablemente sorprendido por una orden de arresto que le mostraba un agente.

Margarita se abrazó a él, llorando.

—Esto no es más que un error. Tranquilízate. Todo quedará aclarado esta misma noche — dijo el joven—. ¿Quién me denuncia? — preguntó al policía.

—La señora Chase...

—¡Oh, eso es un absurdo!...

Y con la anuencia del agente, telefoneó a Patricia. ¿Era verdad que ella había hecho aquello? ¿Por qué? ¿No le había autorizado a vender sus valores?

—No tengo nada que decirle — respondió una voz dura de mujer. — Devuelva lo que no es suyo...

Víctor, después de una despedida dolorosa, fué encerrado en el calabozo. Una hora después, recibía la visita de Patricia, quien con audacia inconcebible le decía:

—He hecho esto, Víctor, porque le amo. Digan sus labios la palabra que espera mi alma y, como usted de esta prisión, saldré yo de la cárcel de mis torturas.

—No, no, lo que ha hecho usted conmigo es una infamia...

—Pues, que se divierta.

Y le dejó, entregado a su dolor.

Pasó la noche. La impaciencia de Margarita se agudizaba hasta llegar a los linderos de la desesperación. ¿Qué hacer?... Sabía que Patricia era la culpable, y aunque le repugnaba tenerse que ir a amparar de esta mujer antipática, la fuerza de las circunstancias le obligó a ello. Y a primera hora matinal, fué a visitarla.

Patricia se levantó de la cama para recibirla. Cortó pronto las súplicas de ella.

—No depende de mí — dijo—. Quien puede ayudarla es el señor Stanhope. Que devuelva mis valores... Vaya a él, inmediatamente.

—No puede ser — gimió la triste—. Prometí a mi marido que no le vería más.

—Su marido no necesita saberlo. Y, en todo caso, habría roto usted su promesa por devolverle la libretad... ¿Irá usted?...

—¡Qué remedio!...

—Si el señor Stanhope le negara su apoyo, vuelva usted a mí.

Margarita estaba dispuesta a todo con tal de salvar a su marido. Iría a ver a Stanhope, a quien fuese...

Patricia la vió desaparecer, sonriente... ¡Oh, aquello marchaba bien! Era necesario actuar con rapidez. ¡Todavía Víctor sería suyo!...



—He hecho esto, Víctor, porque le amo...

La presencia de Margarita en su casa, causó enorme impresión a Stanhope. ¡Su hija allí, en su propio hogar! Ella, llorando, explicó lo sucedido... La indignación del viejo crecía contra la autora de la detención...

—No llore más, Margarita... Yo daré a usted los treinta mil dólares necesarios para reintegrar a esa señora sus valores...

—¡Cuánto tengo que agradecer a usted, señor Stanhope!... ¿Cómo podré pagarle sus bondades? —dijo ella, admirada del noble corazón del amigo de su padre.

El viejo sonrió... ¡Qué no iba a hacer él por su hija!...

—¡Vaya... no llore!... Voy ahora mismo a telephonar al juzgado, diciendo que respondo de Víctor, que yo entregaré el dinero...

Su sorpresa fué grande al recibir la contestación de la fiscalía. Y sonrió a Margarita.

—¡Una buena noticia!... Me dicen que la señora Chase ha retirado la denuncia y que su marido ha sido puesto en libertad...

—¡Oh!... voy corriendo a casa... pero... gracias... mil gracias, señor Stanhope... Sin embargo, no extrañe... No diré a Víctor que he estado aquí. Es mi deber evitar disgustos.

—Tiene usted razón... ¡La paz del hogar es antes que todo!...

Tendió la mano a Margarita... Adiós, "hijita de mi alma". ¡Adiós!...

Patricia había efectivamente retirado su denuncia; fué a buscar a Víctor a la prisión. El la miraba huraño, no perdonándole el daño hecho...

—Llevaré a usted en mi coche hasta su casa, Víctor. Tengo que decirle algo de gran interés.

Y mientras el vehículo avanzaba, ella fué esgrimiendo sus armas calumniosas. Su mujer le estaba engañando. ¡Ella tenía pruebas, pruebas!... Y como él se revolviere protestando, ella se defendía... ¿Le creía capaz de una mentira tan cruel para su dicha? ¡Su mujer estaba ahora mismo en casa de Stanhope!

La pérvida llevaba bien calculado su proyecto. Adivinaba que Margarita estaba en casa del viejo, suplicando su ayuda... Y Patricia, que le había lan-

zado aquel paso, se servía de él para su morboso plan.

Habían llegado ante la casa de Víctor... Bajaron del coche.

—¿No quiere creerme? — seguía ella—. ¡Su mujer está con Stanhope!

—¡No, no, mentira... éntre usted y le demostraré que se engaña!...

Subieron los dos al piso.

¡Margarita!... ¡Margarita!

Esperaba anhelante verla aparecer, pero sólo el eco respondía a su voz.

¡¡Margarita!!... ¡¡Margarita!!...

¡Nadie! ¡El silencio!... Patricia reía con una maldad infernal. Y Víctor recorrió la casa sin encontrar a su mujer. Fué al cuarto de su hijo: el pequeño dormía; le contempló con ternura... ¡Ay! era verdad, ¡se parecía a Stanhope!

Entonces, ¿es que le habían engañado miserablemente? Sentía brotar el odio.

Llamó a una camarera y ésta explicó:

—La señora salió esta mañana temprano, y aún no ha vuelto...

Víctor se dejó caer anonadado.

—¿Se convence usted ya de su ceguera, Víctor?... Consolémonos pensando que el error no es irreparable. Hemos nacido el uno para el otro.

El callaba, atormentado por el dolor.

—Unamos nuestras vidas lejos de aquí... Busquemos el olvido en la felicidad de nuestro mutuo amor — seguía diciendo Patricia con una sonrisa perversa. ¿Cómo luchar contra el destino? ¡Le habían engañado!... ¡El niño no era suyo!... ¡Marcharía con Patricia que juraba amarle siempre!

—Voy a recoger unos objetos que deseo llevar

conmigo. Date prisa. Dentro de una hora estaré aquí... agregó ella.

Marchó precipitadamente... Iba a buscar sus joyas para huir con su único amor... ¿Qué le importaba su marido?

Stanhope, en su casa, acababa de recibir un tele-



—¡Unamos nuestras vidas lejos de aquí! Busquemos el olvido en la felicidad de nuestro mutuo amor.

grama que estremeció su corazón con la embriaguez de la alegría.

Agencia Detectives Acme. Nueva York.

Jaime Graves declaróse autor del asesinato por el que hace diez y ocho años fué procesado Guillermo Burkley... La causa contra Burkley queda sobreseída.

Eduardo Taylor. Fiscal del Distrito de Tulsa.

¡Su rehabilitación, su triunfo, su libertad asegu-

rada! ¡Ya no era Teodoro Stanhope, sino Burkley! ¡Ya podía presentarse a su hija con la mirada clara de las gentes protegidas por la ley!... ¡En el acto a ver a Margarita!

Entretanto, Margarita había regresado a su casa. Al verla entrar, Víctor se abalanzó sobre ella, rugiendo:

—¿De dónde vienes?... ¡Contesta!...

—Salí... a... a buscar fianza para tu libertad — respondió ella sorprendida por el extraño recibimiento que esperaba cordial y dulce.

—¡Mientes..... infame!... ¡Has estado otra vez con ese perro de Stanhope!...

Ella le miró con los ojos llenos de lágrimas. ¿Para qué mentir, si la verdad era tan noble?

—Sí, es cierto. Fuí a verle, a solicitar de su buen corazón que te sacara de la cárcel, y ya me daba el dinero cuando supimos que habías salido...

—¿Sacarme de la cárcel vosotros? ¡Retenerme en ella hubiérais querido, para entregaros a vuestro amor criminal!...

—Víctor... te juro...

—¡Calla, calla! ¡Vuelve con él y llévate a tu hijo!... ¡No os quiero en esta casa! ¡Los dos sois el pregón de mi deshonra!

En balde, ella agotó toda su ternura de mujer buena. ¡Su marido era implacable!

Y mientras, en casa de Alfredo Chase, el hombre bueno, Patricia arreglaba su equipaje para huir. En esta operación le sorprendió el marido, y ella explicó audazmente:

—Sí, me marchó... Me voy para siempre con el único y gran cariño de mi vida. Tú sólo puedes darme riquezas, y todas las del mundo no valen para mí lo que una de sus palabras de amor.

Y rechazando al viejo, salió hacia lo que ella llamaba el amor, sin reparar en las amarguras que causaba su intento.

Margarita había arreglado ya su equipaje y con su hijo se dispuso a abandonar la casa. Víctor, encerrado en su despacho, deseaba desaparecer, morir. Su vida era una vergüenza... engañado... vilipendiado... ¡ah, miserables!

Margarita y Patricia, que acababa de llegar, se cruzaron en el recibidor. La presencia de aquella mujer fué para Margarita rayo de luz en el incógnito origen de su desdicha.

—Como la cizaña en los sembrados, ha sido usted la mala hierba que arruinó nuestra dicha — le dijo.—¿Por qué le roba usted el padre a este pobre niño?

Apostrofada tan violentamente, contemplando al niño, Patricia se sintió turbada.

—¿Dónde está su dignidad de mujer? — siguió diciendo Margarita—. ¿Es que no tiene usted corazón?

Comenzó a llorar, desolada, abatida. El niño gritó, amenazando a Patricia con sus manitas de rosa.

—Tú eres una mala señora, que haces llorar a mi mamá...

¿Qué sintió Patricia en el fondo de su alma? ¿Por qué le enternecían los ojos del niño, las pequeñas y blancas manos de la criatura? ¡Y en su espíritu brotó algo, nació por primera vez la flor de la compasión!... Ya no tenía ante ella una rival, sino a una madre... ¡Ser madre!... ¡Ay, ella no sabía qué era éso!... Recordó a Elisa, a la hija de su marido, muerta, en cierta manera, por su culpa. ¿Es que su destino era ir sembrando el mal?...

—Sí, Margarita — respondió después de unos momentos de silencio —; tengo corazón... No me dí

cuenta del mal que estaba haciendo... Vuelva usted a Víctor que la ama. La cizaña desaparece del campo de su felicidad...

Y penosamente, vencida por la maternidad, salió de allí... Volvería a su deber, junto al marido.

Margarita seguía llorando... Poco después, llegaba



...con su hijo se dispuso a abandonar la casa.

su padre, Guillermo Burkley, ya dispuesto a descubrir su secreto.

Viendo llorar a Margarita, se contuvo. ¿Qué pasaba?

Al amigo generoso no podía ella ocultar su dolor... Y ahogó sus sollozos sobre el único pecho que tuvo para ella latidos de ternura.

—¡Oh, Margarita... si tú supieras!...

Acarició sus cabellos, su rostro encendido por las lágrimas.

Víctor apareció en la habitación. Y al ver al que creía su rival, cogió un revólver y se lanzó ciego a la lucha. Iba a matarle... a castigar su afrenta.

Pero Burkley, poderoso aún, arrancó el arma a Víctor, y le gritó:

—¡Quietos! ¿Qué iba usted a hacer, loco? ¡Yo soy el padre de Margarita!... ¡Soy Guillermo Burkley!

Margarita lanzó un grito...

—Usted... no... no es posible, mi padre murió...

—Leed este telegrama... y os convenceréis... Oculté mi secreto hasta ahora, ya libre reclamo mis derechos a vuestro amor.

Devoraron el telegrama. ¡Era verdad!... Víctor sintióse avergonzado...

—Y yo que pensaba...

—Hijos míos... mis hijos... olvidemos el pasado... ¡ya no existe!... desde hoy mi vida y la nuestra irán unidas... para siempre...

Margarita abrazaba a su padre, llena de emoción...

—¡Papá!... ¡Cuánto habrás sufrido!...

—Margarita... tú debes perdonarme también — dijo Víctor... ¡Estaba loco!...

Besó a su mujer... Hablaban bajito, diciéndose cosas como novios, viviendo una nueva luna de miel, eclipsada por una borrasca traidora...

El niño, el nietecito, se acercó al padre de Margarita.

—Mamá y yo nos vamos de casa... ¿sabes, señor Stanhope?...

—Arriba es donde nos vamos a ir que aquí estamos... Y no me digas más, señor Stanhope... Desde ahora me llamo "abuelito"...

Le mecía en sus brazos con una ternura bondadosa... El niño le miraba con sus claros ojos azules...

—¡Abuelito... abuelito!...

Patricia volvió a su hogar. Verdaderamente conmovida, suplicó al marido su perdón:

—Creí que no te amaba... hasta que he intentado alejarme de ti. Fué una locura que sabrá perdonarme tu bondad.

—Te perdono por haberme dejado: pero no te perdono por haber vuelto — respondió él, con frase



—¡Quieto! ¿Qué iba usted a hacer, loco? ¡Yo soy el padre de Margarita!

enérgica. Cuando un viejo insensato se hace juicioso, le dura el juicio toda la vida. Vete de mi casa para no volver más.

Fueron inútiles sus ruegos, sus lágrimas... Y Patricia tuvo que alejarse, para vivir la existencia solitaria de las almas sin rumbo y sin hogar. Llevaba a cuestas su castigo.